

# DEL ANTICOMUNISMO DE LOS *ANTIGUOS* COMPARADO CON EL DE LOS *MODERNOS*. RAZONES Y PASIONES DE LAS DERECHAS CHILENAS (1932-1973)\*

ERNESTO BOHOSLAVSKY \*\*

La historia política de Chile ofrece algunas imágenes ambiguas. La que aquí interesa es que durante cuarenta años (1932-1973) el país vivió una etapa signada por la vigencia y estabilidad democrática, la alternancia partidaria en el poder ejecutivo y el cumplimiento de los mandatos presidenciales, que fue interrumpida por una larguísima dictadura de 17 años de duración, que se retiró imponiendo sus propias reglas, plazos y herencias. ¿Cómo complementar la percepción de la excepcionalidad de la estabilidad democrática chilena con la feroz dictadura desatada desde septiembre de 1973? En primer lugar, hay que atender al hecho de que la dictadura pinochetista contenía y reproducía muchos de los elementos ideológicos generados en las décadas anteriores. Y entre ellos, el anticomunismo era una de esas herencias que la dictadura se encargó de promover, ampliar y sostener. En consecuencia, explorar el pasado pre-dictatorial parece ofrecer algunas pistas acerca de las misiones que se impuso el régimen, de las caracterizaciones de sus adversarios políticos (reales e imaginados) y de sus aliados.

Partiendo del hecho de que el anticomunismo fue uno de los insumos ideológicos más recurrentemente usados para defender los rasgos represivos y fundacionales de la dictadura, aquí se ensayará una suerte de arqueología de estas creencias. Se intentará defender la idea de que no existió uno, sino diversos anticomunismos, y que éstos no pertenecen al campo de lo eterno e inmutable sino que deben ser comprendidos en su propia historicidad y heterogeneidad. Así, en el período que aquí interesa es posible recortar al menos tres grandes oleadas de anticomunismo en Chile:

- a) una primera, en los años treinta, fue motorizada principalmente por grupos de extrema derecha como el Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS), y apuntaban a mostrar que el comunismo era esencialmente una degeneración del liberalismo y el individualismo, y que debía ser combatido porque su triunfo implicaría la caída de Chile en el ateísmo y el materialismo;
- b) una segunda se generó hacia 1946, tras el triunfo del candidato presidencial del Frente Popular, quien incluyó en su gabinete a tres ministros comunistas. La llegada del Partido Comunista de Chile (PCCh) al gobierno fue seguida de una amplia campaña anticomunista que desembocó en la aprobación de legislación que ilegalizó el funcionamiento del partido hasta 1958. Para liberales y radicales, el comunismo debía ser combatido porque pretendía ahogar la libertad individual e imponer una tiranía tal como ocurría en la Europa del Este;
- c) la tercera se produjo entre mediados de la década de 1960 y los primeros años de la dictadura, pero encontró especial intensidad en las campañas electorales de 1964 y 1970, y en los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular. A través de distintas campañas, y

---

\* Este artículo es resultado de mi participación en los proyectos de investigación “*Las derechas en Argentina, Brasil y Chile frente a la guerra fría y los populismos*” (Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008/2010), “*Los grupos de derecha y extrema derecha en Argentina, Brasil y Chile después de la segunda guerra mundial: discursos, prácticas e identidades en el contexto populista*” (PICT 579/2006, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, FONCyT, 2007/2009) y “*Las derechas de Argentina, Brasil y Chile frente a la guerra fría (del final de la segunda guerra mundial al inicio de las últimas dictaduras)*” (CONICET, 2008/2010)

\*\* Investigador-docente adjunto de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Investigador adjunto del CONICET. Correo electrónico: [ebohosla@ungs.edu.ar](mailto:ebohosla@ungs.edu.ar)



atendiendo a un público mucho más heterogéneo que nunca, se propalaba un anticomunismo tendiente a generar miedo y a denunciar los planes de que Chile se convertiría en una nueva Cuba.

Antes de iniciar este recorrido es menester hacer alguna referencia al concepto “anticomunismo. Por “anticomunismo” se entiende aquí al conjunto de nociones y de prácticas tendientes principalmente al combate o erradicación del comunismo, sus militantes y/o sus ideas. Ahora, como bien ha mostrado Rodrigo Patto Sa Motta (Motta, 2002), ahí se termina el espacio común de los anticomunistas, puesto que por lo demás reina la diversidad: hubo anticomunismo de izquierda (pensemos en la socialdemocracia europea de la segunda posguerra) y de derecha. Y dentro de los anticomunismos de derecha es posible hallar argumentaciones diversas e incluso opuestas acerca de las razones por las cuales hay que resistir al comunismo. Hay impugnaciones al hecho de que el comunismo plantea el abandono completo de las creencias religiosas, críticas a que promueve el totalitarismo y sofoca las libertades y capacidades individuales, a que sujeta a la nación a la voluntad de una nación extranjera (la URSS, o a veces Cuba), porque es antidemocrático o porque se sirve de la democracia para fines inconfesables. Que las razones de rechazo al comunismo fueran muy distintas no impidió que en ciertas coyunturas los actores anticomunistas unieran fuerzas y desconocieran el peso de las contradicciones ideológicas que ello implicaba.

La experiencia política chilena entre 1932 y 1973 muestra una estabilidad institucional anómala para el contexto latinoamericano. Durante esos años el sistema combinó equilibrio político, alternancia en el gobierno y, por lo general, respeto al pluralismo ideológico, gracias a la formación de coaliciones parlamentarias (no hubo nunca un presidente electo con los votos de un solo partido). La República Socialista de 1932, promovida y apoyada por importantes jefes militares impulsó a la derecha a rechazar la participación de las Fuerzas Armadas en la política: esa postura civilista, institucionalista y republicana fue mantenida al menos hasta 1970. La estabilidad política aprovechó – a la vez que fomentó- la debilidad de las corrientes de ultraderecha en Chile durante el segundo tercio del siglo XX (Burnett, 1970: 8; Etchepare y Stewart, 1995: 590; Ramírez Necochea, 1978: 18; Valdivia Ortiz de Zárate, 1995a: 47-48). A la extrema derecha chilena le faltaron apoyos que habían sido decisivos en otros contextos para lograr su ascenso al poder: no encontraron guños de fuerzas conservadoras atemorizadas, del Ejército, de los gobiernos (salvo el de Ibáñez en la década de 1950), de las clases altas y menos de los sectores populares (Arriagada Herrera, 1986; Etchepare y Stewart, 1995:589).

Las interpretaciones más generales sobre las derechas chilenas han mostrado la capacidad de adaptación y de iniciativa que tuvieron los liberales y conservadores a lo largo de todo el período, expresadas tanto en sus muy buenas performances electorales como en su poder para detener o ralentizar la marcha de reformas potencialmente dañinas para los sectores social y económicamente más poderosos (Correa Sutil, 1989, 2005). Los grupos conservadores retuvieron hasta la década de 1960 fuertes posiciones en ambas cámaras gracias al control electoral de sectores importantes de la población rural. No contaron con demasiados estímulos para derribar un sistema democrático –con el cual se sentían identificados- y asumir posturas ideológicas antioligárquicas, antiparlamentarias y estatistas, demasiado alejadas de sus consuetudinarios pragmatismo, liberalismo económico y conservadurismo católico (Bohoslavsky, 2009:Cap. 6; Buchrucker, 2003:7; Correa Sutil, 2005:52; McGee Deutsch, 1999:25; Zuleta Álvarez, 1975:50).

### **El comunismo, enemigo de la civilización cristiana y las tradiciones nacionales, 1932-1938**

En 1932 se produjo la restauración democrática luego de la dictadura de Ibáñez (1927-1931) y de un período de inestabilidad política de algunos meses, que incluyó una efímera “república socialista”. En ese agitado contexto social hizo su aparición en abril de 1932 una de las voces más importantes de la ultra-derecha chilena, el Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS). Los



hombres del MNS recibían y se daban el nombre de “nacistas” para diferenciarse de los “nazis” alemanes, tratando de acentuar con ese neologismo su ligazón exclusiva con Chile y su realidad. El recorrido del naciismo está ligado a la figura de Jorge González von Marées (1900-1962), conocido como *El Jefe*, líder del partido hasta su disolución en 1941 (Alliende González, 1990). El crecimiento del MNS en sus primeros años acompañó al miedo al comunismo entre la elite: para entonces se habían producido los intentos de copamiento del Regimiento en Copiapó, el alzamiento de Vallenar, la sublevación de la flota en Coquimbo y la revuelta de Ranquil. Pero este éxito del MNS, sustentado en su entusiasta rol de guardia anticomunista, se estancó hacia 1934 en la medida en que la derecha tradicional consiguió asegurar la gobernabilidad. La polarización entre la derecha conservadora (en el gobierno) y la oposición del Frente Popular (conformado en 1936 por radicales, socialistas y comunistas) le dificultaba al fascismo chileno expresar la “tercera posición” que proclamaba (Klein, 2001:349; Linz, 1976:4). Pese a ello en 1937 fueron elegidos tres diputados del MNS: un 3,5% de los votos nacionales no lo dejaba muy por detrás del 4,2% obtenido por los candidatos comunistas. Poseía cerca de 20.000 adherentes, provenientes principalmente de las clases bajas y medias-bajas de las ciudades más grandes.

El MNS se caracterizó por un nacionalismo antiliberal y antidemocrático que apuntaba a instaurar un gobierno que asegurara el orden, la jerarquía y la justicia social (McGee Deutsch, 1997; Sznajder, 1992). Por su marcado catolicismo y la tibieza de su anticonservadurismo, parece acercarse al fascismo católico de la Guardia de Hierro de Rumania y la Falange de José Antonio Primo de Rivera. El naciismo efectuaba una crítica a la democracia multipartidaria, a la que entendía como un régimen caduco, femineizado e inoperante. Como escribió su líder en el Manifiesto de creación del partido,

Es absurdo e ingenuo pretender dar normalidad a nuestra vida pública mientras la dirección de ella permanezca entregada a los partidos políticos [...] La democracia liberal, fría, formulista y jurídica, se ha manifestado del todo impotente para continuar sirviendo a los intereses colectivos [...] Contemplamos indiferentes cómo se debaten, en luchas turbias y estériles, las pandillas de políticastros y caudillos que hace ya tantos años se disputan los despojos de país. Las altas y las bajas de esas luchas no nos preocupan. Pero la hora se aproxima en que este juego torpe habrá de terminar (Movimiento Nacional Socialista, 1933:4 y 7).

El naciismo partía de una concepción fuertemente elitizada de la vida política, según la cual sólo las minorías conscientes y auto-seleccionadas tenían capacidad transformadora. Por una ley de hierro de la política moderna, el número, las masas, la demagogia, barrían con todo lo que quedaba de digno, de cualitativo e inteligente

Los partidos dan preferencias a la voluntad de las masas sobre los dictados de la inteligencia. Es común en ellos que la suprema autoridad no está constituida por un grupo reducido de hombres selectos por su saber, sino por asambleas numerosas, amorfas y heterogéneas, mediocres todas en su medio y enemigas siempre de la superioridad intelectual (Jara, 1936b:3).

Entre las razones que mostraban la necesidad de dejar de lado la experiencia del régimen democrático se contaba la incapacidad para comprender y resolver adecuadamente los desafíos provenientes de la expansión del comunismo:

La democracia liberal, fórmula política de una fase de nuestra cultura que se extinguió en la guerra europea, es total y absolutamente incapaz de comprender el significado profundo del marxismo y detener su avance.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Trabajo*, 22/9/1936.



Únicamente el fortalecimiento de la unidad nacional al amparo de la “cultura occidental” y la promoción de los valores espirituales (por lo tanto, anti-materialistas) permitirían la erección de un orden justo, disciplinado, armónico e integral:

El MNS se afirma como un movimiento de defensa de las bases de nuestra cultura occidental, contra los gérmenes de disolución de todo orden que prosperan impunemente al amparo del falso doctrinarismo liberal (Movimiento Nacional Socialista, 1933:13).

Ese “nuevo orden social y político” debía producirse “sin renunciar a ninguno de los grandes principios que informan la civilización cristiana de que somos parte integrante” (González von Marées, 1936:4), se encargaba de aclarar el líder del partido, preocupado por la antipatía que le manifestaba la Iglesia chilena a su culto a la “raza chilena” por sobre la devoción a la cruz. Un poco alejado del racismo nazi, concebía al cristianismo como una columna de Occidente hostil al materialismo liberal-marxista: era por lo tanto más una tradición que un dogma religioso. De allí el hincapié en sostener, como decía *El Jefe*, “los grandes principios que informan la civilización cristiana de que somos parte integrante” (González von Marées, 1936:4). Esta defensa pragmática y utilitaria de la Iglesia, fue una de las razones de que el clero encontrara pocos estímulos para abandonar su tradicional alianza con el Partido Conservador.

Ni liberales ni marxistas podían entender a Chile por su común trasfondo individualista, materialista e internacionalista. Es que, en definitiva, el comunismo era hijo de la civilización liberal moderna y, como tal, expresión de una vida materialista e incapaz de atender a la trascendencia y a los valores espirituales. Según planteaba en un editorial de 1936 el diario *Trabajo*, tanto la democracia como el comunismo

responden a un concepto individualista de la vida, falso e inorgánico, que se fundamenta en la negación de todos los valores de nuestra cultura cristiana occidental; ambas manifestaciones políticas no son más que las etapas sucesivas de un mismo proceso de desintegración de dicha cultura. El marxismo, consecuencia lógica y fatal del liberalismo, no puede ser derrotado con pasajeros triunfos electorales, leyes de carácter social aprobadas por temor y destinadas a ser burladas, o medidas policiales y administrativas.<sup>2</sup>

La caracterización del comunismo no era exclusivamente política sino cultural: se trataba en la mirada nazi de un enemigo de la civilización occidental.<sup>3</sup> El marxismo era la doctrina de los mediocres y de los materialistas, del número por sobre la calidad, por lo que era el más beneficiado con una partidocracia que expresaba el predominio de las masas amorfas sobre la inteligencia.<sup>4</sup> Esta interpretación aristocratizante le permitía al MNS diagnosticar avances comunistas en la imposición de una cultura laica, individualista y moderna e incluso en el reemplazo de la cueca por “las estridencias del jazz y las contorsiones epilépticas de los bailes de negros”.<sup>5</sup> De allí se desprendía la necesidad de un nuevo orden político, que simultáneamente restaurara un idealizado orden portaliano y que combatiera al comunismo y a la civilización liberal con las herramientas adecuadas. Ese régimen integral a crear no debía sólo perseguir a los comunistas sino que se le imponía una misión de más largo y trascendental alcance:

Para impedir el triunfo del marxismo sólo queda un camino: orientar el futuro, enmendando los rumbos desviados de Occidente a partir del Renacimiento. Es preciso destruir sus causas –

---

<sup>2</sup> *Trabajo*, 22/9/1936.

<sup>3</sup> *Trabajo*, 4/1/1934, p. 1; *Acción Chilena*, 15/3/1934, n° 8, p. 237.

<sup>4</sup> *Acción Chilena*, 19/4/1934, n° 13, p. 408. *Trabajo*, 23/9/1936, p. 3.

<sup>5</sup> *Trabajo*, 4/1/1934, p. 1



incluso las políticas- y reemplazarlo por una nueva ideología que se inspire en la justicia social y en los valores eternos de nuestra cultura.<sup>6</sup>

El comunismo aparecía así como el escalón final de un descenso moral global y nacional, que había comenzado cuando la Cristiandad se dividió a causa de la Reforma. En esta lectura, era esencialmente un síntoma de decadencia moral (la presencia de Spengler en el imaginario nacistas es cosa largamente conocida), o mejor dicho, un agente que multiplicaba la degeneración social y cultural allí en sus baluartes, la familia y los lazos sociales:

En realidad, el comunismo no tiende a la destrucción del capitalismo ni de régimen económico alguno. Sus miras van mucho más lejos: ellas están dirigidas a la destrucción integral de nuestra cultura. Si ataca la propiedad privada no es porque éste sea su objetivo en sí, sino porque la institución de la propiedad constituye una de las bases de la organización cultural de los pueblos occidentales [...] Contemplando el comunismo desde este punto de vista, ¿podría alguien atreverse a decir que en Chile su obra devastadora no crece a pasos agigantados?, ¿No vemos que la institución de la familia, o sea la piedra singular de nuestra organización social, no sólo no existe entre la clase obrera sino que está en vías de desaparecer también entre las que se dicen nuestras clases dirigentes?<sup>7</sup>

De allí que la oposición al comunismo no deba ser entendida, según expresaban los nacistas, como un objetivo en sí mismo, o al menos como un objetivo excluyente, sino que formaba parte de una pretensión mucho mayor, como era la de transformar el orden “demo-liberal” por un “Estado portaliano”. Se trataba de reemplazar la falsa polarización entre capitalismo y comunismo y transformar a Chile restaurando las preocupaciones espirituales y religiosas, un culto a lo heroico y un desdén por el cálculo egoísta.<sup>8</sup>

El régimen político, económico y social imperante necesita una íntegra transformación y es esta la finalidad principal de nuestro Movimiento. Es pues, y en absoluto, una posición falsa el creer que porque nos oponemos enérgicamente al comunismo, lo hacemos por un afán de defensa de prebendas de clases sociales determinadas (Jara, 1936b:3).

En la cita anterior debe leerse no sólo la explícita diatriba anticomunista sino también un ajuste de cuentas al interior del campo de las derechas chilenas, por cuanto el MNS procuraba dejar claro que no aceptaba el mero rol de guardia blanca del orden capitalista. Ello posicionaba al naciismo como opuesto al resto del arco político nacional: en su lectura, liberales, conservadores, socialistas y comunistas eran parte de un mismo “mal”, que era la “democracia liberal, fría, formulista y jurídica”.<sup>9</sup> El parlamentarismo estaba destinado inevitablemente a morir y a ser reemplazado por un “nacionalismo sano” y por la acción sin consideraciones “partidistas” (González von Marées, 1937:80).<sup>10</sup>

El fascismo chileno unificaba en el “judío” lo peor del “capitalismo anglosajón”, del bolchevismo, del materialismo egoísta y de las abstracciones filosóficas. El periódico del naciismo, *Trabajo*, está repleto de referencias a la mitología conspirativa, especialmente a aquella que insistía en señalar la existencia de un complot judeo-comunista para dominar a Chile, sea a través de las finanzas o de una revolución social (Bohoslavsky, 2009:cap. 6). En 1936, un articulista sostuvo que Chile estaba a un paso de caer en el comunismo, y que una prueba contundente de ello era el hecho de que se estaban creando células comunistas entre los carabineros (Jara, 1936a). El Frente Popular era

---

<sup>6</sup> *Trabajo*, 22/9/1936.

<sup>7</sup> *Trabajo*, 4/1/1934, p. 1.

<sup>8</sup> *Acción Chilena*, octubre de 1935, n° 1, p. II.

<sup>9</sup> *Trabajo*, 28/4/1936, p. 3 y *Trabajo*, 14/2/1937, p. 3 (editorial).

<sup>10</sup> *Acción Chilena*, 24/1/1934, n° 1, p. 6 y 15/7/1934, n° 6, p. IV.



presentado como un conglomerado de partidos detrás del cual “sonríen sardónicamente en la oscuridad” los “tentáculos del Soviet”.<sup>11</sup> La interpretación conspirativa postulaba que “el malévolo y corruptor judaísmo internacional” intentaba dominar al mundo y para ello se servía del comunismo que, “con el escudo engañoso de U.R.S.S. y pagados con el oro proveniente de sus repletas cajas, lanzan por el mundo entero su propaganda inmunda y mentirosa”.<sup>12</sup>

### **El comunismo, enemigo de la democracia, 1946-1950**

En 1946 el PCCh participó del frente electoral que impuso a Gabriel González Videla como primer mandatario, lo cual permitió constituir el primer gabinete con ministros comunistas en la historia de Sudamérica. El PCCh tenía más del 10% de los votos, que le habían permitido obtener 15 diputados y 3 senadores (entre ellos Pablo Neruda). Con la incorporación del comunismo al Frente Popular y al Poder Ejecutivo se confiaba en enfrentar de una manera más eficaz el incremento de la conflictividad sindical, que había estado contenida en los años anteriores como un gesto de colaboración con el esfuerzo de guerra de los Aliados. La “unión nacional” era el mito que permitía ocultar las numerosas diferencias entre los comunistas y los radicales – el partido de centro reformista, que dominaba al Frente Popular – y que a la vez ubicaba en el tiempo de la posguerra la concreción de anheladas reformas sociales y mejora de las condiciones de vida de mineros, campesinos y trabajadores industriales. El problema se suscitó cuando el tiempo de la posguerra se hizo presente y estallaron las demandas sociales contenidas. La agitación sindical minera e industrial se incrementó en la inmediata posguerra: en 1944 en 60 huelgas intervinieron 26.000 obreros, mientras que en 1945 unas 512 huelgas convocaron a 80.000 participantes (Correa Sutil, 2005:113).

La incorporación del PCCh al gabinete en 1946 trajo problemas políticos y de gobernabilidad, dado que el partido no renunció a promover los conflictos sindicales, sobre todo porque el Partido Socialista, fuera del gobierno, también lo estaba haciendo. Por ello los ministros comunistas duraron sólo cinco meses en el gabinete. Las razones de su salida fueron de distinta naturaleza (Huneus, 2009). Por un lado, por el temor del Partido radical (el del presidente) ante el crecimiento electoral del comunismo, que iba absorbiendo una parte del electorado que tradicionalmente lo apoyaba. Por otra parte, por el rechazo de los latifundistas a la promoción de la sindicalización rural que llevaba adelante el PCCh. Finalmente por las presiones de Estados Unidos para que González Videla se deshiciera de esos ministros a cambio de seguir recibiendo ayuda financiera (Halperin, 1965:53).

González Videla ilegalizó al PCCh en 1948, utilizando como excusa una huelga de mineros (Angell, 1997:97; Bravo Ríos, 1955:189). La ley de “Defensa Permanente de la democracia” contó con la aprobación de los conservadores, los liberales, el Partido Agrario Laborista, algunos socialistas y la mayor parte del gobernante Partido Radical. También expresaron su apoyo los obispos y la mayor parte del clero católico. En su contra se alinearon el PCCh, la Falange Nacional (que en 1957 pasó a ser el Partido Demócrata Cristiano), algunos socialistas y radicales (Araneda Bravo, 1988:103). La ley canceló el registro partidario del PCCh, permitió el encarcelamiento de sus dirigentes y borró del padrón electoral a sus afiliados y a los sospechados de serlo. La ley se mantuvo en vigencia por diez años, y tanto González Videla como la posterior presidencia de Ibáñez, se sirvieron de ella para deshacerse de conflictos sindicales en los cuales denunciaban la presencia del comunismo (Bohoslavsky, en prensa; Huneus, 2009).

Otros actores políticos también hicieron llegar sus expresiones de repudio a la presencia del comunismo en el gabinete después de 1946 y exigieron que el presidente se deshiciera de los funcionarios enrolados en ese partido: la Iglesia, el Partido Liberal, la Acción Chilena Anticomunista (ACHA) y la revista *Estanquero*, de derecha nacionalista (Bohoslavsky, 2006; Ruiz, 1992; Valdivia

---

<sup>11</sup> *Trabajo*, 7/4/1936, p. 3 y 23/9/1936, p. 3

<sup>12</sup> *Trabajo*, 20/4/1933, p. 7.



Ortiz de Zárate, 1995a:13; 1995b:31). En esa revista se podían leer notas sobre la conveniencia de aprobar una ley que ilegalizara al Partido Comunista:

Estamos convencidos de que la dictación de una ley que declara la ilicitud de las actividades comunistas es de emergencia inmediata [...] Tenemos nosotros el convencimiento de que el fenómeno comunista ha dejado de ser de índole exclusivamente económico. Se trata de una aberración psíquica que se estrella contra todos los medios de persuasión y que es independiente de la condición económica de las masas obreras.<sup>13</sup>

Nuestra Revista, desde el primer número representó el ideal de avanzada anticomunista [...] El régimen democrático de gobierno que nos rige, más que el derecho, tiene el deber de defenderse de aquellos que propicien su violenta desaparición, Y este deber se convierte en un imperativo, cuando los promotores de tal cambio dejan a un lado las vías legales y recurren a la fuerza, a la rebelión, a promover el caos, obedeciendo órdenes y recibiendo ayuda del extranjero para implantar un sistema que también depende de afuera.<sup>14</sup>

Entre las organizaciones más activas en la denuncia y represión del comunismo se contaba la ACHA, alentada entre otros por Arturo Olavarría Bravo, dirigente radical, ex-ministro y precandidato presidencial en 1946. En un libro de su autoría, Olavarría Bravo sostuvo que la ACHA

no fue organizada para combatir el comunismo sino que para defender al país del comunismo. El propósito de sus fundadores no fue el de armar ciudadanos para salir a la calle a disparar contra los comunistas, sino que preparar militarmente a la ciudadanía para que se defendiera eficazmente en el caso de que llegara a producirse un levantamiento de ese partido [...] Nunca podrá pensarse que ella fue inútil, pues no sólo levantó muy en alto la moral de la ciudadanía en momentos peligrosos y difíciles, sino que permitió que, mientras existiera, los comunistas se abstuvieran de cometer las tropelías y desmanes que después realizaron (Olavarría Bravo 1950:122 y 124).

La disputa acerca de la legalidad y utilidad de prohibir al comunismo terminó por causar la división al interior del Partido Conservador. Aquellos que apoyaron al presidente González Videla terminaron formando el Partido Conservador Tradicionalista, apadrinado por Sergio Fernández Larrain (Fernandez Larrain, 1950:8). A la hora de explicar las razones de la división, esta fracción no dudaba en señalar que “en primer término, han sido diferentes las posiciones prácticas asumidas frente al comunismo” (Partido Conservador, 1949). Para el sector tradicionalista, según proclamaba, la receta socialcristiana de dialogar con los equivocados, promover reformas sociales y poner la otra mejilla, era no sólo inútil sino peligrosa para el país:

Para poner coto a esta terrible amenaza no bastaba, a nuestro juicio, la larga tarea del convencimiento individual ni el lento proceso de elevación del nivel de vida popular. Era preciso poner al comunismo en su verdadero sitio, de asociación criminal y librar contra él una resuelta acción represiva (Partido Conservador, 1949).

El comunismo no podía ser combatido en el plano de las ideas. Había dejado de ser una idea impracticable e inconveniente para convertirse en

una acción en marcha que quiere alcanzar el poder político fuera de las formas de la democracia, mediante golpes de audacia y de fuerza, como lo hicieron primeramente en Rusia y han venido repitiéndolo en las diversas naciones que han logrado someter (Partido Liberal, 1948:9).

Los parlamentarios liberales acompañaron el proyecto de “Ley de defensa de la democracia”, sirviéndose de diversos argumentos para demostrar que la mejor manera de defender la libertad y la democracia era cercenándosela a los comunistas. El diputado Gustavo Rivera sostenía que al

---

<sup>13</sup> *Estanquero*, 12/7/1947, n° 26, Santiago, p. 3.

<sup>14</sup> *Estanquero*, 19/6/1948, n° 74, Santiago, p. 5.



comunismo no se lo podía detener sólo con leyes ni con concesiones demagógicas. Lo mejor era no generar expectativas sociales incumplibles:

El mejor medio para combatir al comunismo fuera de las medidas legales para reprimir sus delitos, es otorgarle al pueblo lo que razonablemente y dentro de las posibilidades se le puede dar, hablándole con franqueza y amistad y no haciéndolo cultivar ilusiones que al no verlas realizadas lo conducen a la desesperanza y el odio (Partido Liberal, 1948:23).

El senador Bulnes Correa argumentó que se rechazaba al “comunismo internacional” porque el partido liberal, “dentro de la concepción democrática del Estado, rechaza todo intento de dictadura, cualquiera que sean su sentido y sus propósitos”, dado que “fundamenta toda su doctrina en el respeto y en el resguardo de los diversos atributos de la personalidad humana”. Por ese motivo se promovía la toma de las “medidas legislativas necesarias para declarar al Comunismo una asociación ilícita y excluir sus adeptos de toda función de orden político” (Partido Liberal, 1948:3).

En un debate parlamentario de julio de 1948, el ex presidente liberal Arturo Alessandri incentivaba a los “partidos democráticos” a sumarse a la cruzada anticomunista para salvar a la civilización occidental. Resulta significativo el ejercicio que hace Alessandri de presentar al comunismo como un conjunto de ideas repudiables, principal pero no exclusivamente por su estadalatría, esto es, por la promoción de una hipertrofia estatal que terminaría por ahogar toda iniciativa y libertad individual:

Hay dos rutas perfectamente delineadas: una que conduce a la plenitud de la expresión de la personalidad humana y eso significa el reconocimiento de todos sus nobles y altos atributos espirituales, de lo más sagrado que tiene el hombre: la libertad, y otra, que lo lleva, por el falaz espejismo de una mejor vida material, a la más horrible y deprimente esclavitud: la subyugación del hombre por un estado despótico, carcelario e inhumano, para quien la cultura y el individuo como inteligencia, libre albedrío y alma sólo merecen desdén y menosprecio (Cámara de Diputados, 1948:1102).

Una de las temáticas más recurrentes de esta ola comunista fue la denuncia del carácter autoritario y tiránico del comunismo. El Partido Conservador Tradicionalista sostuvo en 1950 como Declaración fundamental que rechazaba “al comunismo y toda otra forma de tiranía y cualquier cooperación con ello”, así como la “tiranía sindical sobre las conciencias y libertad de los trabajadores” (Partido Conservador Tradicionalista, 1950:37). Un diputado liberal sostuvo que

El comunismo no busca el convencimiento sino la dictadura, más que la dictadura el establecimiento de la tiranía de unos pocos que se imponga sobre la conciencia y las personas de los demás (Partido Liberal, 1948:9).

El diputado Errázuriz denunció el carácter falaz y mentiroso del comunismo, que actuaba de manera desleal con la democracia. Pues en “en cuanto se siente suficientemente fuerte como para asaltar con éxito el Poder, mediante un golpe de Estado, se encarama en el Gobierno e implanta la más odiosa de las tiranías” (Partido Liberal, 1948:41). El comunismo pretendía instaurar

un sistema arbitrario, absoluto, en el que está proscrita la libertad y en el que, so pretexto de la dictadura de aquella parte más ignara e incapaz del conglomerado social, unos cuantos malhechores establecen violentamente una vil tiranía (Partido Liberal, 1948:42).

El fundador de la ACHA criticaba al comunismo por el hecho de que terminaba conculcando las libertades y los derechos básicos de las personas. El comunismo era caracterizado como el régimen más oprobioso que ha conocido y sufrido la humanidad [...] régimen totalitario que ha sepultado todos aquellos atributos de la cultura occidental que dieron forma y espíritu a la democracia universal (Olavarría Bravo, 1950:115 y 116).

Se comienza por suprimir todas las libertades esenciales que garantizan los Estatutos democráticos: la libertad de opinión y de prensa, el derecho de reunión, la facultad de trasladarse



libremente a cualquier punto de la tierra, el derecho de elegir a los gobernantes. Y se termina justamente con las medidas que a nadie pueden herir con mayor dureza que a la propia masa trabajadora que sirvió de trampolín para dar el salto hacia el poder: se suprimen de una plumada la libertad de trabajo y el derecho de huelga (Olavarría Bravo, 1950:117).

La persecución a los sacerdotes católicos en Europa oriental era prueba evidente de la “guerra” desencadenada por la “tiranía roja” contra “la Iglesia Católica, los sagrados principios de la civilización cristiana y, por lo tanto, los derechos esenciales de la persona humana”.<sup>15</sup> A mediados de 1949 el cardenal Caro Rodríguez advertía que era un “deber supremo la defensa de nuestras instituciones fundamentales y del orden constituido”, motivo por el cual

A ningún católico le es lícito en estas circunstancias adoptar una actitud pasiva, ni menos, por cierto, ahora ni nunca, cualquiera cooperación o ayuda al comunismo ateo, repetidas veces condenado por los Sumos Pontífices y últimamente con redoblada energía por S. S. Pío XII, ante la extensión de su poderío tiránico y la persecución desencadenada contra la Iglesia en numerosas Naciones.<sup>16</sup>

Si para los nacistas el comunismo era hijo del liberalismo y de la democracia, a fines de la década de 1940 los hombres de la derecha señalaban que se trataba de antónimos: allí donde reinaba el comunismo no había ningún tipo de garantía, derecho o institución amparada por principios liberales.

### **El comunismo, enemigo de la libertad de los hombres (en el mercado), 1966-1973**

El último gobierno liberal-conservador electo democráticamente en Chile fue el encabezado por Jorge Alessandri (1958-64). Expresaba un intento de frenar no sólo a los partidos de izquierda sino también a las apetencias reformistas de la Democracia Cristiana. En 1964 se produjo una situación política especialmente complicada para las agrupaciones derechistas tradicionales. Convencidas de las chances ciertas de que el candidato de las izquierdas, Salvador Allende ganara las elecciones presidenciales, los partidos conservador y liberal dieron su apoyo incondicional al candidato demócrata-cristiano, Eduardo Frei, quien ofrecía un programa político con un conjunto amplio de reformas sociales y económicas. Frei procuró sostener ese programa manteniendo un delicado equilibrio: no defraudar a sus seguidores y sus demandas de reformas de envergadura y a la vez no suscitar el veto de los poderes fácticos de la sociedad chilena. Su programa redistributivo, el inicio de la muy demorada reforma agraria y el intento de movilización comunitaria, fueron algunos de los puntos centrales de la gestión de Frei. Las razones de que en 1964 las derechas desistieran de presentar un candidato propio y de que sostuvieran una candidatura ajena a cambio de ninguna concesión en términos de posiciones en el gabinete o modificaciones en el programa de gobierno, son motivo de disputa historiográfica. Hay quienes advierten allí un suicidio político, hay quienes adivinan un gesto último para impedir el triunfo del candidato de izquierda y a la vez para condicionar o ralentizar el reformismo democratacristiano (Correa Sutil, 2005; Valdivia Ortiz de Zárate, 2009).

Lo cierto es que por entonces la vieja derecha decimonónica, basada en el Partido Liberal y el Conservador, y alentado por la Iglesia pre-conciliar, se agotó como proyecto histórico y dio paso a nuevas fuerzas políticas que la relevaron, mostrando un perfil propio. Esos nuevos rasgos tenían que ver con: a) el fortalecimiento del neoliberalismo a partir de la presencia de las doctrinas económicas provenientes de la Escuela de Chicago (Rosende, 2007; Valdés, 1995); b) la renovada presencia de

---

<sup>15</sup> *La Revista Católica*, año XLIV, n° 942, enero-febrero de 1949, p. 1943.

<sup>16</sup> *La Revista Católica*, año XLIV, n° 945, julio-agosto de 1949. ‘Declaración de Su Eminencia Reverendísima el Sr. Cardenal Dr. José María Caro Rodríguez, sobre los deberes de los Católicos ante las perturbaciones del orden social’, p. 2161.



nociones corporativistas y de inspiración tardo-franquista, sobre todo a partir del crecimiento de las corrientes “gremialistas” en la Universidad Católica de Chile; c) el miedo y luego la confirmación de que en 1970 el triunfo en las urnas correspondería al candidato de la Unidad Popular, que desató un reverdecido anti-comunismo. En efecto, la audacia de las reformas sociales y económicas encaradas durante la presidencia de Allende fue percibida por la derecha como “la antesala del comunismo liso y llano”, que debía ser extirpado militarmente (Buchrucker, 2003:7). Sobre esa ola de anticomunismo, Margaret Power (2009) ha mostrado cómo mujeres de distintos sectores sociales se movilizaron, militaron y participaron en defensa de proyectos y de representaciones conservadores sobre el rol de los géneros. En el período que aquí interesa, la derecha usó el argumento de la defensa de la maternidad para movilizar a mujeres contra un gobierno que promovía reformas estructurales en el agro, la industria y la minería (pero no el divorcio). En ese sentido, las clases altas chilenas se sirvieron de unas extendidas tradiciones acerca de lo que eran las mujeres y de su natural rol de madres y esposas, para movilizar “apolíticamente” a mujeres que no podían cumplir con sus roles tradicionales debido a los problemas de desabastecimiento e inflación.

Tal como señaló Cuadra (1992:43), la crisis social y política derivada de la puesta en marcha del plan de “Revolución en libertad” del presidente Frei, y posteriormente las reformas del gobierno de Allende constituyeron un “factor aglutinador, decantador y precipitado de lo que será el resurgimiento ya no sólo cultural sino político y social de la derecha”. Esa revitalización se evidenció en la decisión de fusionar en el Partido Nacional en 1966 a los partidos liberal y conservador. Esta fusión fue un esfuerzo de los sectores dominantes por retener mayores espacios de poder frente al avance electoral de la izquierda y la democracia cristiana (Collier y Sater, 1998:276). En 1971 el senador Francisco Bulnes expresaba su convicción y optimismo en que la derecha tradicional contaba todavía con un fuerte respaldo electoral. Y que la posición de esa derecha se expresaba en la postura del Partido Nacional, que apuntaba a la defensa de la propiedad privada y de la empresa particular:

Nosotros defendemos la propiedad privada y la empresa particular no porque sea conveniente para unos pocos, sino porque la experiencia ha demostrado que es el único régimen compatible con las libertades y el más apto para elevar el nivel de vida de los pueblos (Bulnes, 1971:14-15).

Dirigentes del Partido Nacional, como Sergio Onofre Jarpa, no eran ajenos a influencias corporativistas. En el mismo sentido fueron otras agrupaciones y publicaciones como *Fiducia*, *Portada* y *Tizona*, publicaciones de extrema derecha, que se dedicaron insistentemente a promover la instauración de una dictadura y, más en general, un nuevo orden socioeconómico, con tintes corporativos y teocéntricos. Buena parte del arsenal ideológico corporativo y autoritario de esas revistas fue leído y utilizado por los ideólogos de la dictadura encabezada por el general Augusto Pinochet.

El corporativismo entendía que la democracia de partidos debía ser reemplazada por alguna arquitectura política y constitucional en la cual prevalecieran los acuerdos entre clases y sectores sociales y económicos dentro de un orden fundamentalmente autoritario (Ruiz, 1992:30). El gremialismo se inició dentro del movimiento estudiantil, pero durante el gobierno de la Unidad Popular se extendió a comerciantes, profesionales, camioneros, etc. Una de las figuras claves del proceso es Jaime Guzmán<sup>17</sup>, quien asesoró a la Junta Militar y fue uno de los redactores de la *Declaración de Principios* que las Fuerzas Armadas brindaron en 1974, y de la nueva constitución de 1980, que combinó neoliberalismo y corporativismo (Cristi, 2000; Moncada Durruti, 2006). La originalidad de la propuesta descansaba, precisamente, en el cruce de dos nociones:

---

<sup>17</sup> Jaime Guzmán lideró el movimiento estudiantil gremialista a fines de la década de 1960. En 1968 consiguió el control de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Santiago, quitándoselo a los jóvenes demócrata-cristianos (Collier y Sater, 1998:277).



un conservatismo *económico social* (el gremialismo corporativista y luego la idea de una sociedad de mercado percibida como un orden espontáneo que debe ser sustraído a los efectos de la deliberación política) y un conservatismo *político*, de raíz nacionalista (que se expresa en el autoritarismo del régimen militar) (Ruiz, 1992:34).<sup>18</sup>

El cruce entre ambas ideologías se produjo en torno al principio que a finales de la década de 1930 había promovido el intelectual católico reaccionario Jaime Eyzaguirre: subsidiariedad. Según esta concepción, el Estado debe alentar las formas “naturales” de asociación (la familia, la corporación, la ciudad, etc.) en lugar de las entidades representativas organizadas según criterios ideológicos, es decir, los partidos. Debido a que cada una de esas asociaciones posee funciones igualmente naturales, el Estado sólo debe intervenir allí donde sea evidente que esas actividades deben ser subsidiadas, para salvar las dificultades temporales por las que atraviesen esas organizaciones sociales (Ruiz, 1992:32). También en la década de 1950 la rama anticomunista del Partido Conservador había expresado nociones similares, cuando señalaba en su programa de gobierno, que en materia de política educativa, las claves eran: subsidiariedad, diversificación, privatización y descentralización del sistema.

la acción del Estado ha de dirigirse de preferencia: a) a amparar y proteger a la Iglesia, la Familia y a los establecimientos particulares de educación, en el libre ejercicio de su respectivas misiones docentes, y sólo ha de reemplazar a la labor educativa de la familia cuando ésta se encuentre imposibilitada para realizar sus fines; b) a estimular y alentar la iniciativa privada, asegurando la mayor difusión de la cultura elemental y la existencia de establecimientos de educación industrial, agrícola, de artes y oficios y de comercio, de acuerdo con las necesidades nacionales y las circunstancias regionales, c) a la descentralización de los servicios educaciones ya que así se facilita la adaptación de la enseñanza a las circunstancias regionales (Partido Conservador Tradicionalista, 1950:26).

*Portada* se encargó de promover la noción de subsidiarismo estatal. En 1969 un analista planteaba que en el mundo existían dos doctrinas frente a las que los hombres tenían que elegir: una era el estatismo, votada por los chilenos desde 1920, que sostiene que “la autoridad pública es el único sujeto de derechos en la nación, siendo la comunidad o los particulares solamente sujetos de deberes frente a él”. Frente a esta deificación del Estado, había otra doctrina, “intuida y sentida por muchos, antes que intelectualmente perfilada y fundamentada entre nosotros”, a la que se denomina “subsidiarismo estatal”. Éste consiste en que:

el Estado tiene el principal deber de proteger y fomentar las actividades de la comunidad y de los particulares para lograr el bien común, absteniéndose de realizar dichas actividades, salvo cuando aquella o estos no puedan o no quieran realizarla (Tagle Martínez, 1969).

El subsidiarismo permitiría quitarle a los políticos y al parlamento en particular, el monopolio de la vida política. Eso le devolvería protagonismo histórico a “las fuerzas vivas de la nación” y sacaría al país de “una situación ridícula e irreal, que es fuente de constante violencia” (Editorial, 1970:4). El monopolio de los partidos y el fortalecimiento ilimitado del poder estatal generaban miedo a disentir por parte de los individuos, exponía el propio Jaime Guzmán (Guzmán, 1969).

La revista *Tizona*, cuyo subtítulo era *¡Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor!*, desplegó en los iniciales años setenta en Valparaíso una batería de argumentos filosóficos para la legitimación de la intervención armada en la política. Alrededor de *Tizona* se concentraron profesionales, universitarios, pequeños y medianos empresarios y sobre todo hombres de la Armada (Ramírez Necochea,

---

<sup>18</sup> Como marcó Carlos Ruiz (1992:31), “esta convergencia ocultaba la polisemia y múltiples tradiciones articuladas en torno a la subsidiariedad: para los tradicionalistas la subsidiariedad se apoya la reducción de la política a la *societas*, entendida como la multiplicación de organismos “naturales” intermedios, ya sean funcionales o territoriales; para los neoliberales, subsidiariedad significa desmantelamiento del Estado”.



1978:27). La exaltación del autoritarismo y de la existencia de razones religiosas (y por lo tanto no sometibles a escrutinio popular) como fundamentos del orden político, constituyeron valiosos aportes para convencer a hombres de la derecha y de las Fuerzas Armadas de la necesidad de dar por terminada la experiencia de la Unidad Popular. Un número de 1972 resultó muy ilustrativo acerca de la auto-percepción de la revista sobre su misión y sobre la política. Festejaba la buena nueva de saber que los demócratas anti-comunistas se unieran en un frente común para derrotar al gobierno de Allende. Pero, lamentaba no poder sumarse a ese movimiento porque, a diferencia de los partidos, no apunta a la “acción inmediata”, sino a la dilucidación de las razones para esa acción. Por ello,

no se identifica con absolutamente ningún partido político, y en cierto modo, los ataca a todos. Por supuesto que unos merecen más que otros, pero es el principio mismo de la política en base a partidos, es decir, la política liberal, la que está errada. Todo partido político, por la dialéctica del sistema, es más o menos totalitario (1972:2).

Ni los partidos políticos resultaban necesarios ni su ausencia conducía a la tiranía, de lo cual era ejemplo suficiente el orden portaliano del segundo tercio del siglo XIX. Pero la principal impugnación no era la inutilidad o la prescindibilidad de los partidos, sino la naturaleza irreductiblemente sectorial de cada una de las agrupaciones políticas. De allí que el repudio al marxismo provenía de considerarlo la negación radical de la verdad objetiva, “de esa verdad de que todo lo que existe, que no depende de nuestra subjetividad, sino de la subjetividad de Dios” (Editorial, 1972:2). Cada partido tiene “su” verdad, sostenía *Tizona*, lo cual constituía *per se* un grosero error teológico, puesto que

existe la verdad objetiva, inteligible para todo el que quiere descubrirla y que no depende, para ser lo que es, de lo que nosotros pensemos de ella [...] Por eso, al juzgar los hechos políticos no nos fundamos sólo en el derecho a emitir una opinión, sino en la objetividad de la ley natural y de la historia, que es lo único sobre lo cual puede establecerse un criterio político veraz y moralmente legítimo (Editorial, 1972:2).

Una de las críticas más insistentes al gobierno de Allende era por su falta de autoridad pública, que era entendida como la organizadora de la vida colectiva y la unidad nacional. La ausencia de un gobierno fuerte conducía, en consecuencia, a la anarquía y a la disolución social.

La autoridad es la forma de la sociedad; sin ella, ésta deja de ser tal para transformarse en un conglomerado de intereses contrapuestos, cuyo grado de efervescencia puede llegar a niveles explosivos, como sucede ahora en nuestro país (Widow, 1972).

El resto del artículo de 1972 despliega una pavorosa capacidad profética acerca de lo que fue la forma de entender y ejercer la autoridad durante el gobierno militar iniciado exactamente un año después. El programa de “restauración de la autoridad” debía apuntar primero a fortalecer a ésta mediante una dictadura. Pero esa dictadura no debía restringirse a alivios temporarios sino que tenía que crear un nuevo horizonte, debía depurar a la sociedad de los elementos que sembraban la anarquía:

La autoridad debe ser necesariamente fuerte, en el sentido de disponer de todos los medios de que necesita para imponerse como tal [...] no puede excluir, a riesgo de negar el deber moral que supone su ejercicio, los medios violentos para prevalecer cuando se le resiste sin razón fundada en el bien común. La restauración de la autoridad política exige, para los primeros tiempos en que no se hayan trazado las líneas constitutivas de un auténtico Estado de derecho, una dictadura. [...] Una dictadura que se dedique a remediar lo urgente, sí, pero con la vista puesta en una finalidad que va más allá de lo urgente [...] La dictadura que será necesaria para Chile al salir de la actual situación debe tener un horizonte político y unas intenciones que impliquen la superación de sí misma como situación concreta política pues de lo contrario puede transformarse en causa del mal que por ella se quiere eliminar (Widow, 1972).



De esta manera, aquella impugnación del PCCh de los inicios de la guerra fría desembocó en una crítica antidemocrática de la democracia. Lo que se inició como un recorte del accionar del comunismo desembocó, un cuarto de siglo después, en una incapacidad de la propia democracia chilena para procesar los conflictos provenientes de la puesta en marcha de reformas estructurales.

### Conclusiones

A la hora de recapitular lo expresado en este artículo, lo primero que se debe poner de manifiesto es que, se trató, efectivamente, de tres olas de anticomunismo con fuertes diferencias no sólo en sus argumentos sino también en sus prácticas. Así, mientras que el MNS planificó y promovió enfrentamientos callejeros con militantes del PCCh, a finales de la década de 1940 ese procedimiento fue dejado de lado, frente al recurso legal. Así, la “Ley de defensa permanente de la democracia” permitió la eliminación de los afiliados comunistas del padrón electoral, forzó al exilio de muchos dirigentes e incluso produjo un campo de concentración para presos políticos en Pisagua, dirigido por un joven teniente de apellido Pinochet (Huneus, 2009). Durante el gobierno de la Unidad Popular se echó mano de nuevo a la actividad paramilitar, esta vez bajo el accionar de las bandas de Patria y Libertad. Pero también los partidarios derechistas convalidaron la realización de un golpe de Estado que dio por terminada una experiencia democrática ininterrumpida de cuarenta años. El anticomunismo, pero sobre todo la anti-política, eran las ideas-fuerza de la nueva Junta de gobierno, dirigida por el ya general Pinochet.

Pero además, hay que prestar atención al hecho de que el comunismo al que estas oleadas decían combatir tampoco era el mismo ni en Chile ni en el escenario global. En primer lugar, porque el peso electoral del PCCh fue creciendo a lo largo del período 1932-1973, pasando del 0,25% en las presidenciales de 1932, al 10% en 1946 y 17% o 18% hacia 1970. Pero junto con eso había que señalar su peso sobre el movimiento estudiantil, los obreros y los campesinos. En el nivel global, la situación parecía ir en el sentido de expandir el área bajo control comunista en el mundo. Si en la década de 1930 podía señalarse a la URSS como la sede del mal, en 1948 toda Europa oriental se encontraba ya bajo gobierno comunista (y al año siguiente siguió igual camino China). Pero en 1973 el panorama incluía a Cuba, lo cual era una prueba de la presencia de la amenaza comunista en América.

El nazismo constituyó la organización de extrema derecha más importante de la historia de Chile, sea por su caudal electoral como por su capacidad de movilización. Su anticomunismo formaba parte de la tríada que han señalado Nolte y Payne, junto al antiliberalismo y el anticonservadurismo (Payne, 2001). Por haber llegado a la política cuando ya existían partidos con electorados consolidados, el MNS debía ganarse lugar empujando hacia todos lados, impugnando en general la democracia multipartidaria, sirviéndose de una interpretación decadentista. En ese sentido, el anticomunismo nazi formaba parte de una impugnación más global, más moral, a la civilización moderna (para decirlo mal y pronto, a lo ocurrido desde el Renacimiento hasta la fecha). Por esa acumulación de negaciones, por su falta de vínculos con el *establishment* y por la juventud de sus líderes, a las fuerzas conservadoras les daba la impresión de que el MNS era un grupo demasiado radicalizado como para resultar útil o interesante (Boizard, 1939, 1941; Covarrubias, 1987:94). Los conservadores chilenos, al igual que sus pares ingleses o franceses, entendieron que “había formas más seguras de proteger el orden socio-económico establecido y que la amenaza de una revolución no era tan inmediata como se había temido” (Linz, 1976:32). Resulta evidente que la simpatía del *establishment* político por el MNS se incrementaba sólo en la medida en la que el partido comunista chileno se mostrara dispuesto a participar de alzamientos. Pero en momentos de “normalidad” el desinterés político y la voluntad de aislar al MNS eran las principales actitudes de liberales y conservadores.

La ola anticomunista de fines de la década de 1940 insistía en la necesidad de que la eliminación del Partido comunista de la vida política del país permitiría mejorar la democracia, puesto



que dejaría fuera de juego a un actor desleal, malintencionado y deshonesto con el régimen multipartidario. Lo negativo del comunismo era su vocación totalitaria, que terminaría por ahogar la diversidad ideológica y partidaria de Chile, entendida como rasgo constitutivo de la nación. En ese sentido, la crítica al comunismo se anclaba más claramente en un ideario liberal e individualista, que exhibía la defensa de la democracia (ése era el título de la ley que prohibió la existencia del partido comunista) como una causa común. Había que amputar la parte enferma para salvar al todo.

Veinticinco años después el panorama era otro. No se trataba de salvar a la democracia de sus enemigos sino de abandonar a la democracia como régimen político. La enfermedad ya corroía todo el cuerpo y no quedaba parte sana. La crítica anticomunista desarrollada en las revistas de extrema derecha durante las décadas de 1960 y 1970 da cuenta no sólo del rechazo al comunismo como partido y como tradición ideológica presente en la sociedad chilena, sino que formaba parte de una impugnación mayor a la democracia multipartidaria. En este sentido, ese anticomunismo puede ser entendido más como reclamo anti-político o anti-partidos, lo cual constituía un evidente punto de intersección entre el neoliberalismo, el corporativismo y el nacionalismo. El primero por entender que la democracia conducía a la demagogia y gastos públicos innecesarios, inconducentes y deformantes de la economía. El segundo por partir de la idea de que los partidos representan intereses sectoriales incapaces de conciliar y de armonizar sus apetencias, y renuentes a aceptar la tutela eclesiástica o estatal. El tercero porque concibe a los partidos políticos como fuerzas que disgregan la unidad que debería regir entre los chilenos y por lo tanto debilitando peligrosamente el principio de autoridad y la defensa frente a los enemigos externos.

El espacio para la argumentación política se había ido deteriorando desde 1948. Primero por la auto-mutilación de la diversidad ideológica en 1948 al suprimir al comunismo. Luego por el triunfo en 1952 del general Ibáñez y su diatriba populista y corporativa, tendiente a eliminar a los partidos políticos para generar un contacto directo entre el líder y sus seguidores. Después, por el gobierno de Alessandri en 1958 y su pretensión de dirigir el país más allá no sólo de los partidos de oposición sino de aquellos que lo habían llevado como candidato presidencial. Su deseo de un gobierno tecnocrático y gerencial devino en la impugnación a la democracia como arena para expresión de puntos de vista y de defensa de intereses. Finalmente, la intensidad del miedo anticomunista en 1964 y después de 1970, bloqueó aun más los espacios para la gestión democrática de los conflictos, al punto de situar a la democracia el nudo de los problemas, desdeñando su capacidad para tratar y discutir públicamente las cuestiones socialmente más relevantes. No es extraño entonces que en 1973 el campo estuviera lo suficientemente abonado de ideas que insistían en la necesidad refundar el país bajo las claves de una autoridad fuerte y anti-política.



## Bibliografía citada

- Alliende González, Rodrigo (1990), *El jefe. La vida de Jorge González von Marées*, Ediciones Mar del Plata, Santiago.
- Angell, Alan (1997), "La izquierda en América Latina desde c. 1920", en Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina* (vol. XII, Crítica-Grijalbo, Barcelona).
- Araneda Bravo, Fidel (1988), *El clero en el acontecer político chileno, 1936-1960*, Editorial Emisión, Santiago.
- Arriagada Herrera, Genaro (1986), [1981], *El pensamiento político de los militares*, Aconcagua, Santiago.
- Bohoslavsky, Ernesto (2006), "Contra el hombre de la calle. Ideas y proyectos del corporativismo católico chileno (1932-1954)", *Si somos americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, VIII-1, Santiago de Chile, pp. 105-125.
- Bohoslavsky, Ernesto (2009), *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile, siglos XIX y XX*, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Bohoslavsky, Ernesto (en prensa), "Entre el antipopulismo y el anticomunismo. Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959)", en Mallimaci, Fortunato (ed.), *Nacionalistas y nacionalismos en el siglo XX: una aproximación entre América Latina y Europa* (Editorial Gorla, Buenos Aires).
- Boizard, Ricardo (1939), *Voces del púlpito y de la calle*, Ercilla, Santiago.
- Boizard, Ricardo (1941), *Historia de una derrota (25 de octubre de 1938)*, Ediciones Orbe, Santiago.
- Bravo Ríos, Leónidas (1955), *Lo que supo un auditor de guerra*, Editorial del Pacífico, Santiago.
- Buchrucker, Cristián (2003), "Identidades nacionales y cultura política antidemocrática. Trayectorias históricas del Cono Sur en el siglo XX", ponencia presentada en Congreso "La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico", Valencia.
- Bulnes, Francisco (1971), "La votación del P. Nacional y la ceguera marxista", *Revista Qué pasa*, n° 1, 15 de abril.
- Burnett, Ben G. (1970), *Political groups in Chile: the dialogue between order and change*, Institute of Latin American Studies by University of Texas Press, Austin.
- Cámara de Diputados (1948), *Diario de sesiones ordinarias*, Santiago.
- Collier, Simon y Sater, William (1998), *Historia de Chile, 1808-1994*, Cambridge University Press, Madrid.
- Correa Sutil, Sofía (1989), "La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal", *Revista de Ciencia Política*, XI-1, Santiago.
- Correa Sutil, Sofía (2005), *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX*, Editorial Sudamericana, Santiago.
- Covarrubias, María Teresa (1987), *1938: la rebelión de los jóvenes*, Aconcagua, Santiago.
- Cristi, Renato (2000), *El pensamiento político de Jaime Guzmán: autoridad y libertad*, LOM Ediciones, Santiago.
- Cuadra, Francisco Javier (1992), "Aspectos del pensamiento de la derecha en Chile", en Ruiz, Carlos y Francisco Javier Cuadra (eds.), *El discurso de la derecha chilena* (CERC-CESOC, Santiago).
- Editorial (1970), "Alessandri y el alessandrismo", *Portada*, n° 10, p. 4.
- Editorial (1972), "Tizona y los partidos políticos", *Tizona*, n° 35, septiembre, p. 2.
- Etchepare, Jaime Antonio y Stewart, Hamish (1995), "Nazism in Chile: A particular Type of Fascism in South America", *Journal of Contemporary History*, 30-4.
- Fernandez Larrain, Sergio (1950), *Aspectos de la división del Partido Conservador*, Imprenta Bustos y Letelier, Santiago.



González von Marées, Jorge (1936), *Nacismo o comunismo. Discurso pronunciado por radio por el Jefe del Nacismo, Jorge González, el 28 de julio de 1936*, Talleres Gráficos San Vicente, Santiago.

González von Marées, Jorge (1937), *El problema del hambre (sus causas y su solución)*, Editorial Ercilla, Santiago.

Guzmán, Jaime (1969), "El miedo. Síntoma de la realidad político-social chilena", *Portada*, 2 de febrero, p. 5.

Halperin, Ernst (1965), *Nationalism and Communism in Chile*, M.I.T. Press, Massachusetts.

Huneus, Carlos (2009), *La guerra fría chilena. Gabriel González Videla y la ley maldita*, Debate, Santiago.

Jara, Juan José (1936a), "A un paso del comunismo", *Trabajo*, 6 de mayo, p. 3.

Jara, Juan José (1936b), "Observaciones sobre el Nacismo y partidos políticos", *Trabajo*, 23 de septiembre.

Klein, Marcus (2001), "The New Voices of Chilean Fascism and the Popular Front, 1938-1942", *Journal of Latin American Studies*, 33.

Linz, Juan José (1976), "Some Notes toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective", en Laqueur, Walter (ed.), *Fascism: a reader's guide: analyses, interpretations, bibliography* (University of California Press, Berkeley).

McGee Deutsch, Sandra (1997), "What Difference Does Gender Make? The Extreme Right in the ABC Countries in the Era of Fascism", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 8-2, Tel Aviv.

McGee Deutsch, Sandra (1999), *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford University Press, Stanford.

Moncada Durruti, Belén (2006), *Jaime Guzmán: una democracia contrarrevolucionaria: el político de 1964 a 1980*, UST RIL Editores, Santiago.

Motta, Rodrigo Patto Sá (2002), *Em guarda contra o perigo vermelho. O anticomunismo no Brasil, 1917-1964*, Editora Perspectiva: FAPESP, São Paulo.

Movimiento Nacional Socialista (1933), *I. Manifiesto del Jefe. II Plan de Acción III Declaraciones fundamentales. IV Aspiraciones de acción pública V. Organización*, Editorial del Pacífico, Santiago.

Olavarría Bravo, Arturo (1950), *Casos y cosas de la política*, Imprenta Stanley, Santiago.

Partido Conservador (1949), *La nueva Junta Ejecutiva del Partido Conservador. A los correligionarios y al país*, Imprenta El Imparcial, Santiago.

Partido Conservador Tradicionalista (1950), *Convención general del Partido Conservador Tradicionalista que se celebrará los días 12, 13, 14 y 15 de agosto de 1950 en Santiago*, Imprenta Chile, Santiago.

Partido Liberal (1948), *Discursos pronunciados por los senadores Francisco Bulnes Correa, Gustavo Rivera, Hernán Videla Lira, Arturo Alessandri P., Ladislao Errázuriz P., José Maiza en el debate del proyecto sobre defensa de la democracia*, Santiago

Payne, Stanley (2001), [1980], *El fascismo*, Alianza, Madrid.

Power, Margaret (2009), *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, Centro Barros Arana, Santiago.

Ramírez Necochea, Hernán (1978), "El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970", *Araucaria de Chile*, 1.

Rosende, Francisco (ed.), (2007), *La escuela de Chicago. Una mirada histórica a 50 años del convenio Chicago/ Universidad Católica. Ensayos en honor a Arnold C. Harberger* (Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago).

Ruiz, Carlos (1992), "Tendencias del pensamiento político de la derecha chilena", en Ruiz, Carlos y Francisco Javier Cuadra (eds.), *El discurso de la derecha chilena* (CERC-CESOC, Santiago).



Sznajder, Mario (1992), "El nacionalsocialismo chileno de los años treinta", *Mapocho*, 32, Santiago.

Tagle Martínez, Hugo (1969), "Opciones políticas", *Portada*, 2 de febrero, p. 15.

Valdés, Juan Gabriel (1995), *Pinochet's economists. The Chicago school in Chile*, Cambridge University Press, Cambridge y New York.

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995a), *El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)*, Universidad Católica Blas Cañas, Santiago.

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (1995b), *Nacionalismo e ibañismo*, Universidad Católica Blas Cañas, Santiago.

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica (2009), *Nacionales y gremiales*, Lom Ediciones, Santiago.

Widow, Juan Antonio (1972), "La reconstrucción política", *Tizona*, 35, septiembre, p. 5.

Zuleta Álvarez, Enrique (1975), *El nacionalismo argentino*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires.